



BALNEARIO DE ARNEDILLO.
LOGROÑO.

LOS BALNEARIOS Y LA MEDICINA ACTUAL

Nada hay que perjudique tanto a la verdad como los malos argumentos en favor de ella.

...Y aunque no recuerdo de quién es la frase, la hice mía cuando tropecé con ella y la cito ahora para hacer unos comentarios acerca de cuál es la situación de los balnearios desde el punto de vista de un médico que cree en "las aguas", pero también en la ciencia.

Se ha dicho tantas veces que el hombre de hoy está a punto de perder la capacidad de asombrarse, porque el avance de la técnica y de los conocimientos científicos en las últimas décadas ha sido de tal naturaleza, que ha superado las posibilidades de captación del espíritu humano, individualmente considerado. De aquí la necesidad de la especialización y del trabajo en equipo, característica sobresaliente de nuestros tiempos. Un Leonardo de Vinci en la hora actual, salvando su calidad pictórica, no pasaría de ser un diletante limitado a brillar en los salones de nuestra sociedad.

El salto gigantesco dado por la Medicina en los últimos cincuenta años es de tal evidencia, que no necesita argumento alguno para su demostración, y está claro que este salto ha coincidido con la decadencia de los balnearios en nuestro país.

Si esta ecuación, avance de la Medicina = decadencia de balnearios, fuera universal, habría que aceptar que estas instalaciones nunca tuvieron otro atractivo que la esperanza en las virtudes curativas de sus aguas. Cuando el médico no podía curar con la limitada farmacopea de principios de siglo, "las aguas" daban una esperanza de curación. Hoy, que el médico posee una farmacopea potente y eficaz, "las aguas" se baten en retirada.

Este razonamiento, que tiene un mucho de verdad, no explica

la decadencia de nuestros balnearios, porque la ecuación anterior no es universal.

No quiero cansar con cifras, que siempre son aburridas, ni pretendo una exactitud matemática en ellas, pero muy aproximadamente podemos decir que hace un siglo el número de manantiales de aguas medicinales en España era de 1.886, y el de agüistas que acudían a encontrar en ellos su alivio alcanzó la cifra de 110.000. Hoy día, y pese a haberse triplicado la población española, el número de agüistas ha bajado a 80.000. En contraste con este hecho, Francia, Alemania, Suiza, Italia, Austria, y en general todos los países de tradición balnearia, nos llevan una enorme ventaja en este terreno, pese a que nuestros manantiales no tienen que envidiar a los de ningún país. Solamente el de Vichy, en Francia, tiene una concurrencia de 200.000 agüistas, frente a los 80.000 de todos los balnearios juntos de España. A tratarse con los lodos de Dax, en Francia, acuden 50.000 agüistas, mientras que a los de Arnedillo (Logroño) no van más de 3.000, siendo exactamente iguales, y al decir de algunos franceses con ventaja para los nuestros. En lo que va de siglo se han cerrado en España más de 100 balnearios, y entre ellos algunos tan importantes como los de Medina del Campo, Carratraca, Trillo, etc.

¿Cuál es la razón de la decadencia de la cura balnearia en España, mientras que en otros países continúa en auge? Son varias las razones que explican este hecho, pero quizá una de las más importantes es la de que los relojes de nuestros balnearios se han parado a principios de siglo, sin que nadie se haya preocupado de darles cuerda.

Ante esta decadencia evidente, el problema de los balnearios se presta a adoptar una actitud a ultranza de detractores o defen-

sores de "las aguas" como medio terapéutico valioso en la Medicina actual. Ni unos ni otros, a mi juicio, tienen razón, y los argumentos que ambos esgrimen en el ataque o en la defensa son en su mayoría de muy poco peso o no expresan más que una parte de la verdad, y, naturalmente, la verdad incompleta no es nunca la verdad.

Los balnearios, se dice, no tienen más virtud que el reposo que en ellos se hace y las aguas de sus manantiales no pueden competir con los productos de la moderna farmacopea. En esto hay un poco de verdad, pero es una afirmación que está muy lejos de ser toda la verdad.

Las hepatitis epidémicas o las obstrucciones de colédoco, que antes se "curaban" en Cestona, hoy se curan mucho mejor con reposo, antibióticos y dietas de protección hepática en el primer caso, o acudiendo al quirófano en el segundo. Las tuberculosis, que antes se "curaban" en Panticosa, hoy se curan mejor con Estreptomycina, Pas e Hidrazidas. Las diabetes, que antes mejoraban en Mondariz, hoy se mejoran mucho más con la insulino-terapia, los hipoglucemiantes o la dieta adecuada; y los fracturados de cuello de fémur, que antes viajaban a Arnedillo, hoy se curan con la prótesis quirúrgica del clavo trilaminar de Petersen.

¿Quiere esto decir que aguas tan llenas de prestigio como las de Cestona, Mondariz, Panticosa y Arnedillo, entre otras muchas, cuya lista sería interminable, carecen de propiedades medicinales? Los compañeros que regentan estos balnearios saben muy bien la cantidad de pacientes que adquieren beneficios indudables en sus dispepsias digestivas, coledisquinesias, estreñimiento, etc., en Cestona; los asmáticos que se ven libres de sus ataques en Panticosa; la mejoría de algunos diabéticos, en los que disminuyen sus necesidades de insulina al alcalinizar el organismo en las aguas de Mondariz, y la cantidad de enfermos que vemos llegar a Arnedillo con muletas, para soltarlas definitiva o temporalmente después de las aplicaciones de los famosos barro de este balneario.

Pero no pidamos peras al olmo ni desorbitemos con una propaganda absurda y sin control las virtudes positivas de las aguas, porque entonces, como decía al principio, perjudicaremos tremendamente a la verdad utilizando malos argumentos en favor de ella.

A veces da pena ver los esfuerzos que hacen algunos científicos de la Hidrología tratando de demostrar el mecanismo de acción de las aguas o manejando los conceptos de insuficiencia hepática, artritis, linfatismo, escrofulismo, etc., con lo que no sabe lo que quiere decir ni el mismo que lo dice.

¿Por qué empeñarse en hacer lucubraciones pseudocientíficas sin una base experimental sobre el mecanismo de acción de "las aguas", cuando hay fármacos tan conocidos y tan útiles como la aspirina y la insulina, cuyo mecanismo de acción está todavía por descubrir? Sabemos muy poco de cómo actúan "las aguas", pero tenemos la evidencia de que mejoran en muchos casos y hasta curan en algunos, y no debemos avergonzarnos de tener que aceptar el empirismo como la base más sólida para su defensa. Naturalmente, que para poder valorar la experiencia en su justa medida tenemos que saber qué es lo que curan "las aguas" cuando curan y en qué es en lo que fracasan cuando fracasan, y para ello es necesario un diagnóstico previo y correcto del enfermo.

Algunos agüistas llegan al balneario con el diagnóstico acertado; otros vienen con el permiso y hasta con la indicación de su médico, pero sin ningún diagnóstico, y la mayoría acuden al bal-

neario por su cuenta y riesgo, sin haber contado previamente con médico alguno e incluso en contra de la opinión de su médico de cabecera.

¿Qué hace entonces el doctor del balneario que los recibe, en los diez minutos que dispone para verlos? Una historia clínica bien recogida y una detenida exploración exige más tiempo, y no en todos los casos es suficiente para hacer el diagnóstico. ¿Acaso el enfermo que acude al balneario es distinto del que vemos en nuestras consultas privadas? ¿Es que las radiografías o análisis que hacemos a la mayoría de nuestros enfermos privados no son elementos fundamentales para el diagnóstico? ¿Qué balnearios en España disponen de un departamento de radiografía o de un laboratorio bien montado donde puedan hacerse los análisis pertinentes que tantos casos requieren? La conclusión es que la mayoría de los agüistas llegan y se van del balneario sin un auténtico diagnóstico, a menos que consideremos como tal el decir que tiene reuma o insuficiencia hepática, dos diagnósticos muy de principio de siglo. Por eso, todo el esfuerzo encaminado al conocimiento de "las aguas" es insuficiente para el resultado final de la experiencia si no va acompañado de un conocimiento del enfermo en el que la terapéutica hidromineral va a ser aplicada.

Esforcémonos por conocer los mecanismos de acción de las aguas desnudándonos de cientifismos camelísticos. Esforcémonos por conocer al enfermo, trabajando en el balneario con el mismo interés y los mismos métodos auxiliares de que disponemos en nuestras consultas privadas, y mientras tanto vayamos a una política de realidades si queremos evitar la desaparición de los balnearios.

Hay algo que todos los médicos sabemos y hasta nos atrevemos a decirlo, pero siempre en voz baja por el temor de que "las aguas" pierdan algo o mucho de su tradicional prestigio. Me refiero al enorme beneficio que un enfermo crónico y cualquier sujeto sano llegado de la gran ciudad puede sacar del reposo, la tranquilidad, la paz, el orden, la comida sana, el aire puro, el cambio de aguas, los paseos sin prisas, las tertulias sobre temas ajenos a nuestro trabajo, la partida de mus, el acostarse temprano, el dormir en silencio, la acción sedante de un baño caliente, la siesta en la hamaca a la sombra de un árbol, la separación temporal de la familia, la contemplación de paisajes nuevos, el clima y el confort de un hotel bien tenido y de unas instalaciones limpias y modernas, y hasta las nuevas amistades que en los balnearios se hacen. Todo esto es insuficiente para curar una leucemia o un cáncer de pulmón, pero su valor terapéutico es inmenso en la vida moderna, y esto no está explotado en la forma debida.

Se dice que los balnearios son aburridos, y, efectivamente, quizá lo sean para gente demasiado joven, aunque habría que analizar las raíces de lo que se llama aburrimiento, análisis que no es mi propósito hacer en este lugar.

Yo recuerdo con verdadera nostalgia unos días pasados en La Toja, contemplando las puestas de sol, con el Carnaval de Schumann de música de fondo y un libro de Tagore entre las manos. (Sentiría que me llamaras cursi, querido lector, y lo sentiría por ti, porque a mí, y en el momento presente, casi me gusta ese adjetivo. Estoy seguro de que hay espacios en nuestra vida que los viviríamos mucho más auténticamente sin el miedo a parecer cursis.)

Me olvidaba decir que además de puesta de sol, de Schumann y de Tagore, tomé baños en las aguas clorurado-sódico-cálcicas del

balneario y me curé un pequeño eczema que padecía. Tengo, sin embargo, que confesar, a varios años de distancia, que el eczema me volvió, y aunque ahora me lo curo, también temporalmente, con pomadas de cortisona, preferiría hacerlo en el balneario, no sé si por las virtudes de las aguas o por disfrutar de la paz de aquel maravilloso lugar.

Los médicos en particular y la propiedad balnearia en general somos impotentes para la salvación de los balnearios por el camino de lograr rincones para la recuperación física y espiritual con la ayuda de los manantiales. Somos impotentes porque supera nuestras posibilidades económicas, pero existe un Ministerio de Información y Turismo, con un ministro excepcional y un equipo de colaboradores fuera de serie, que podrían hacer con los balnearios algo parecido a lo que han hecho con esa magnífica red de paradores, orgullo de nuestro país y objeto de admiración por parte de los extranjeros que nos visitan. Hacer esto con los balnearios es más fácil y más barato, porque se cuenta ya con una clientela segura, que se doblaría y multiplicaría cuando encontrara el confort que la vida moderna exige para un verdadero descanso.

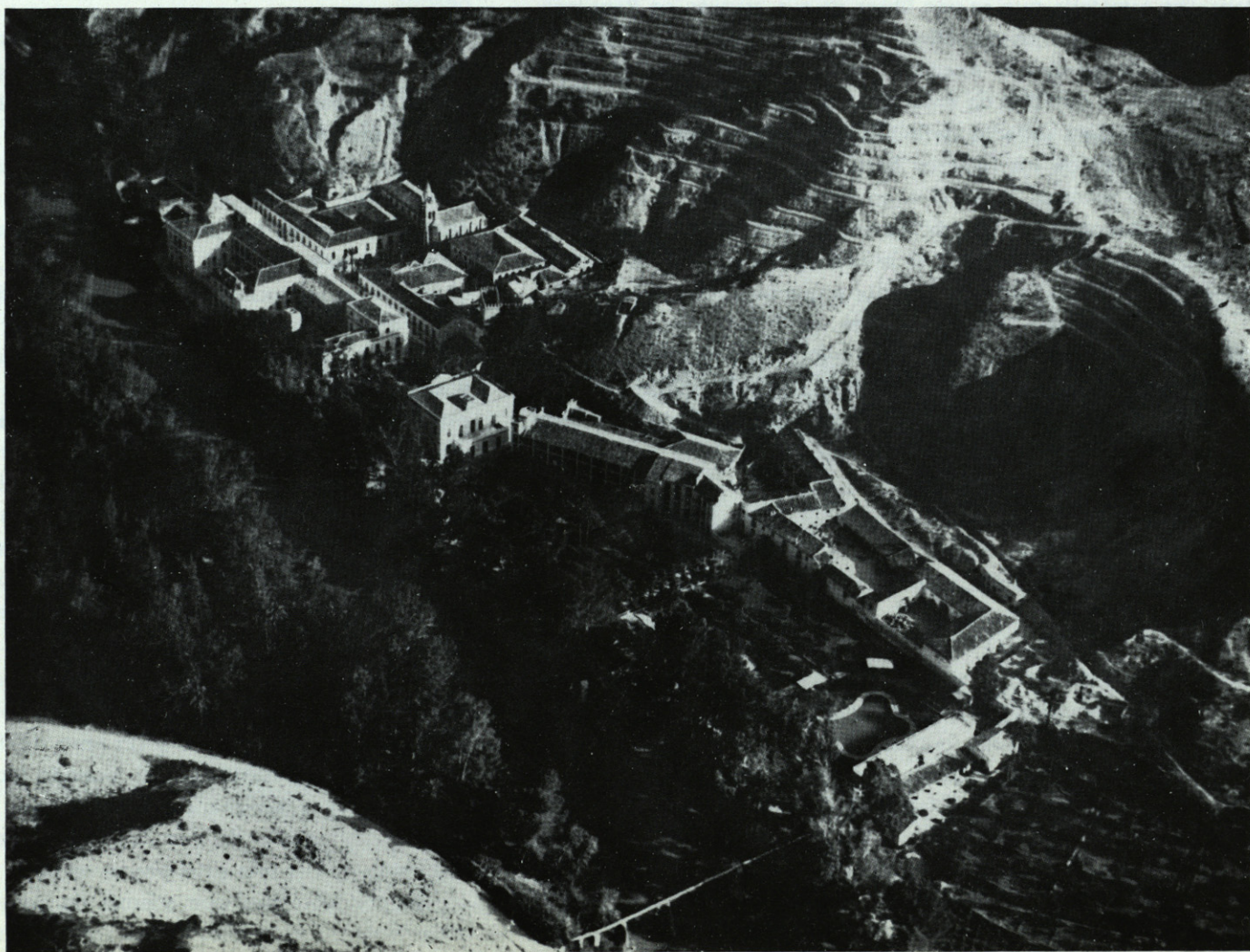
Este reposo en el momento actual pide algo más que la mecedora de la época de Cánovas, el piano desafinado y la habitación encalada de convento carmelitano. El confort a que estamos habituados no nos permite, sin irritación, guardar colas para tomar el baño o la ducha del agua termal por escasez de las instalaciones necesarias.

Sería a todas luces injusto atribuir estas deficiencias a todos

los balnearios, y más injusto todavía hacer responsables de las mismas a los propietarios de manantiales y hoteles. Demasiado hacen estos beneméritos señores con mantener una tradición, que sin su amor a la misma hubiera ya desaparecido. Piénsese que en el año actual funcionan en nuestro país 98 balnearios, de los cuales hay 54 cuya concurrencia no llega a 500 agüistas, y de estos 54 hay 18 con menos de 100 agüistas en toda la temporada. ¿Cree alguien que con esta concurrencia es posible cambiar la mecedora por sillones confortables, afinar el piano, decorar las habitaciones y mejorar las instalaciones sanitarias?

No perdamos el tiempo en una propaganda ochocentista retorciendo los argumentos para demostrar científicamente lo inde demostrable, pero busquemos la forma de poner los balnearios en condiciones de que vayan no solamente los enfermos, sino los sanos con deseos de descansar. Si verdaderamente las aguas minero-medicinales tienen virtudes, como yo creo que las tienen, la humanidad acudirá a ellas sin necesidad de anunciarse al estilo de un detergente más o de un coñac de reciente fabricación.

A nosotros los médicos nos corresponde seguir estudiando con el propósito de superar el empirismo, pero sin rasgarnos las vestiduras porque todo sea empirismo, ya que si estamos enamorados de la ciencia debemos respetar a su madre la experiencia, y ésta nos dice a diario que la cura de aguas no es tocar el trigémino ni tomar el "hongo" o la jalea real, sino una terapéutica más seria que no pasa de moda a pesar de todos los factores que convergen para desacreditarla.



BALNEARIO DE ARCHENA.